



Es competitivo para el momento económico actual el valor que los catalanes asignan al trabajo?. Intento contestar a esa pregunta en el libro «Valors tous en temps durs», donde cinco profesores analizamos la estructura de valores de los catalanes.

Comenzaré por lo esencial: el trabajo ya no es el eje único que articula la vida de los catalanes. Pierde centralidad mientras la ganan las actividades relacionales (familia, amigos, ocio). Adiós por tanto al calvinismo. Lo positivo de este desplazamiento es que reconoce que hay vida más allá del trabajo. Lo negativo, especialmente para los de formación media-baja, es que los hace menos competitivos frente a colectivos competentes y muy orientados al trabajo, como por ejemplo los trabajadores que vienen del Este de Europa.

Del trabajo se valora lo instrumental (salario, estabilidad) y menos la autorrealización, la responsabilidad, la iniciativa y el esfuerzo, y eso es más evidente cuanto menor es el grado de formación. La consecuencia es un trabajador que no valora el trabajo bien hecho, con poca conciencia de que cualquier trabajo exige entrega y profesionalidad para ser competitivo. Del trabajo se valora el salario a fin de mes y poco más.

Se observa un debilitamiento del «deber de trabajar», de que hay que dar para poder recibir, con la consecuencia (Lipovetsky dixit) de acabar justificando comportamientos co-

Intangibles

Carlos Obeso

PROFESOR DE ESADE



Adiós al calvinismo



►► Una joven trabajando.

rruptos o incívicos (descargar fraudulentamente de la red) debilitando, al tiempo, la confianza mutua y la acción colectiva.

Los jóvenes con poca o mediana cualificación son quienes más sustentan estos valores no cívicos. Son los más indefensos frente a modelos

socializadores donde se jalea el beneficio sin esfuerzo (Belén Esteban, un pato cojo, ganando un concurso de baile) o donde se estimula el desarrollo de la musculatura abdominal modelo C. Ronaldo como posible pasaporte a las glorias de Gran Hermano. Son las víctimas indefensas de empresas que piden virtud en el trabajo mientras financian, vía publicidad, actividades que sostienen lo contrario.

Nos dice la *consellera* Rigau que hay que recuperar el valor del esfuerzo para competir en el mercado laboral. Pero, esforzarse ¿es realmente útil?. Hay evidencias, de la OCDE por ejemplo, que lo demuestran. Pero aquí esas evidencias no son claras. La idea de que el esfuerzo, como mucho, lleva a la precariedad contamina el sistema de valores de muchos jóvenes. Cambiar esa idea pide menos discursos y más hechos concretos, coherentes y visibles de gobiernos, empresarios, medios de comunicación, familias y sistema educativo que demuestren de verdad que el esfuerzo tiene premio. Complicado.